

¿DEL DERECHO A LA VIVIENDA AL DERECHO AL HABITAR?

NADJA MONNET

En su conferencia sobre el arte de habitar, Ivan Illich distingue entre habitantes y alojados, lo que nos lleva a reflexionar sobre quiénes son hoy en día considerados habitantes y cuáles son sus roles en la construcción de nuestras ciudades contemporáneas. En su discurso también postula una incompatibilidad entre el derecho a la vivienda y el arte de vivir (que él llama arte de habitar). Propongo aquí debatir su postura, que me lleva a preguntar: ¿será nuestro siglo el del derecho al habitar?

Tomando como punto de partida la conferencia de Ivan Illich “El arte de habitar”, que tuvo lugar en York en julio de 1984, con motivo del 150 aniversario de la fundación del Real Instituto de Arquitectos Británicos, propongo aquí reflexionar sobre la cuestión de la incompatibilidad que este autor plantea entre el derecho a la vivienda y el arte de habitar.

Derecho al alojamiento versus arte de habitar

Mi lectura de ese texto, no lineal y sin pretensiones de síntesis, está impulsada por mi práctica docente de

antropología en la Escuela Nacional de Arquitectura de Marsella, pero tiene su origen en mi participación en la coordinación de un eje de reflexión dentro del laboratorio Arquitectura/Antropología (LAA) de la Escuela Nacional de Arquitectura de París La Villette, que se interesa por la noción del habitante. ¿Quién es considerado habitante en el siglo XXI y qué papel desempeña esta figura en el tejido de nuestros entornos de vida contemporáneos? Desde hace unos diez años, en Francia, existe una proliferación de publicaciones, conferencias y seminarios sobre el tema del habitar. Seguimos con atención las nuevas aportaciones, pero también descubrimos textos más antiguos sobre el mismo tema. Fue durante esta prospección cuando encontré la conferencia de Iván Illich, traducida y publicada en 2016 por la editorial parisina Du Linteau. (Las citas a continuación son sacadas de esta edición y traducidas por mí misma). Traducir y publicar un texto pronunciado hace 35 años no me parece trivial.

La conferencia se llevó a cabo en un momento en que los

1. El 5 de junio de 1983 se tradujo y publicó en la Tribuna de El País un texto de Ivan Illich titulado «La reivindicación de la casa», especie de condensado de su futura conferencia. Se puede consultar en este enlace: https://elpais.com/diario/1983/06/05/opinion/423612014_850215.html. Un año después de la conferencia se tradujo al castellano: Illich, Ivan (1985) «La reivindicación de la casa», Alternativas II, ed. Joaquín Mortiz/Planeta, 1988, México.

grandes bloques de pisos fueron fuertemente criticados y las primeras demoliciones de éstos ya habían tenido lugar. Es evidente que este texto es parte de este movimiento de denuncia contra la vivienda hecha rápidamente, en grandes cantidades, a bajo costo y de acuerdo con un estándar, considerado el ideal para todos. Si bien muchas de sus declaraciones son ahora lugares comunes en los argumentos contra la construcción de este tipo de edificios en Occidente, su reflexión sobre el derecho a la vivienda que aniquila el derecho de habitar merece volver a ser considerada, y, particularmente, la distinción que establece entre habitantes y alojados. De hecho, la exhortación a participar en la construcción de la ciudad, cada vez más apremiante, ha hecho que los términos “habitar”, “habitante” sean inevitables en el vocabulario de los diseñadores y los que analizan lo urbano. Sin embargo, los de “residente” o “alojado” están mucho menos presentes. La connotación negativa dada al primero es muy clara en el texto de Illich: el alojado parece incapaz de habitar. Es un analfabeto en el arte de habitar y lo juzga de manera severa. Desde las primeras páginas, el autor plantea una situación antagónica entre una época pasada atemporal, connotada positivamente, y la época contemporánea del discurso: “Nunca la casa fue terminada antes de ser ocupada, a diferencia del alojamiento moderno, que empeora desde

el día en que está listo para estar ocupado”(p.6). Construir moradas gradualmente sería una señal de la capacidad de habitar que la vivienda “llave en mano” ya no permite. Emerge entonces en su discurso una cierta nostalgia por la autoconstrucción y plantea que el derecho a la vivienda (fruto de la producción masiva de viviendas baratas, permitidas por la invención del hormigón y la mecanización de la construcción) se habría vuelto incompatible con el arte de habitar: “El inquilino ha perdido mucho de su poder de habitar” (p.8). “Aprecia este derecho [poder exigir una cantidad de metros cuadrados de espacio construido] y lo aprovecha. El arte de habitar es confiscado: no necesita el arte de habitar, sino solo un piso”(p.9). El alojado está descrito como un ser estacionado en un espacio donde no tiene posibilidad de dejar rastros de su experiencia: “El alojado vive en un mundo que ha sido fabricado. Ya no tiene libertad. Al igual que en una carretera debe seguir la senda, tampoco puede agujerear las paredes de su piso”. Recorre la vida sin dejar rastros”(p.9). El arte de habitar reclamado por Ivan Illich habría desaparecido o al menos tendría dificultades para imponerse ante un derecho a la vivienda que parece aniquilar de entrada el arte de habitar, encontrándose el ser humano en la incapacidad de tomar posesión de estos “casilleros de residencia” (p.9) o lo que Illich también llama “garajes para humanos” (p.10).



¿Alojados habitantes?

En esta distinción entre habitante y alojado, parecería que el alojado o el residente (términos aparentemente sinónimos para Illich) se convierten en un sujeto pasivo que ya no invierte en su lugar de residencia. A diferencia de los habitantes que se inscriben y viven plenamente sus espacios vitales, los alojados son presentados como inactivos e incapaces de oponerse a las tendencias que se les imponen: “Los habitantes que ocupan el espacio que modelan han sido reemplazados por residentes alojados en construcciones producidas para ellos, debidamente registrados como consumidores de vivienda protegidos por legislaciones sobre arrendamientos o hipotecas” (p.10). Si el habitante es productor de espacio a su medida modelándolo, el alojado está reducido a un mero consumidor.

La lucha por el derecho a la vivienda ha creado un producto de consumo que escapa, en su fase de planificación y construcción, a la mayoría de los futuros habitantes porque poco a poco ha sido cada vez más pensado y proyectado por arquitectos, y, hoy en día, está cada vez más en las manos de las constructoras que buscan ante todo rentabilidad.

as y antropólogo/as de la vivienda, pero también por cineastas o fotógrafos que han presentado la adaptabilidad y la creatividad de estos “habitantes”. Los movimientos de protesta y los actos de resistencia ante la demolición de edificios condenados también demuestran el apego de los habitantes a sus lugares de vida. En lugar de postular la desaparición del habitar, investigadores y artistas han demostrado su persistencia y la “acomodación” de los ciudadanos frente a las imposiciones de los altos cargos que actúan con el deseo de “albergar mejor” y “controlar mejor” a las poblaciones.

Si no comparto el pesimismo de Illich sobre la incapacidad de las personas que califica como “alojadas” para tomar posesión de los espacios construidos sin ellas, la relación de causa a efecto desvelada por Illich entre este tipo de vivienda y la producción de escasez de un bien me parece aún más relevante en la actualidad². Según los trabajos de la

2. Según las cifras de la Fundación Abbé Pierre, en Francia, en 2016,

diseñadora Manuela Pfrunder³, no es el m² por habitante lo que falta, sino el modo de explotarlo lo que crea la penuria. Ivan Illich insiste en que la vivienda se ha convertido en un bien de consumo, por lo tanto escaso por definición. Lo que él llama *Homo castrensis* sería característico de la sociedad industrial “que se esfuerza por hacer de cada ciudadano un elemento que debe ser alojado y que, por lo tanto, está exento del deber del [...] arte de habitar” (p.10). Más adelante en su texto, habla del vínculo entre la construcción de la nación y la edificación: “Construir la nación y construir viviendas son utopías estrechamente relacionadas en la reflexión de las élites” (p.18). La lucha por el derecho a la vivienda ha creado un producto de consumo que escapa, en su fase de planificación y construcción, a la mayoría de los futuros habitantes porque poco a poco ha sido cada vez más pensado y proyectado por arquitectos, y, hoy en día, está cada vez más en las manos de las constructoras que buscan ante todo rentabilidad⁴. Interpretan los mínimos legales de las habitaciones como tallas estándares de las viviendas, lo cual produce alojamientos cada vez más pequeños. Paralelamente, se pide a “los habitantes” que participen en la fabricación de su ciudad dándoles la palabra y creando debates de ideas para que expresen sus puntos de vista y den su opinión. En este debate, la pregunta es: ¿Quiénes son estas personas y en nombre de quién hablan? ¿Serán en el futuro alojados y / o usuarios de la propuesta discutida en la arena pública? ¿Qué intereses defienden? ¿Los suyos? ¿Los de sus descendientes? ¿Los del medio ambiente? ¿El bien común? ¿Serán, de esta manera, menos alojados y más habitantes?

Los habitantes y el arte de habitar

“Hábito y hábitat dicen casi lo mismo. [...] Es un arte [el arte de vivir] que sólo se puede adquirir gradualmente. Cada ser es un parlante vernáculo y un constructor vernáculo a medida que crece, pasando de una iniciación a la otra por un camino que lo convierte en un habitante masculino o femenino” (p.7). Por lo tanto, el habitar es una red privilegiada de conexiones con un lugar. Illich también dijo: “el habitar era permanecer en sus propias huellas,

el 5,8% de la población estaba mal alojada (o sea 3, 8 millones de personas). Representaban el 20% de la población (8,5 millones de personas) a principios de la década de 1950, es decir, al comienzo de la construcción de los grandes bloques de viviendas.

3. En su obra “Neotopia, un atlas utopográfico de creación acabada” (2000), Manuela Pfrunder utiliza las estadísticas mundiales disponibles para presentar un nuevo orden mundial imaginario impulsado por una visión de equidad radical. Al tratar de distribuir equitativamente la riqueza y la miseria en el mundo, llega a la sorprendente conclusión de que cada ser humano podría disponer de una parcela de 290m², pero debería limitar drásticamente su consumo de ciertos alimentos como, por ejemplo, beber solo un café cada dos meses.

4. Actualmente en Francia, la nueva ley ELAN permite construir ciertos tipos de viviendas sin el visto bueno de un arquitecto. Esta situación permite a las constructoras prescindir de los consejos y servicios de este último.

dejar la vida diaria escribir las redes y las articulaciones de su biografía en el paisaje” (p.5-6), una relación de rutinas imaginadas y actuadas en un lugar, un hogar en alguna parte. ¿Cuánto tiempo toma establecer esta rutina? ¿Una vida? ¿Algunos meses? Las temporalidades no carecen de importancia: el niño ciertamente no es el mismo habitante que la persona de la tercera o cuarta edad. El largo tiempo de la historia, pero también las edades y los momentos de la vida son cuestiones a plantear. ¿Cómo entonces articular las dimensiones temporales y espaciales en el análisis de las figuras del habitante?

“El arte de vivir es una actividad más allá del alcance del arquitecto” (p.7), escribe Illich. Es un arte que no se limita al modelado de los interiores, sino que también se refiere a los espacios comunes y a la organización de la comunidad. Sin embargo, según él, “En el consumidor de refugio moderno, la distinción entre espacio privado y espacio público no reemplaza la distinción tradicional entre vivienda y comunal articulada por el umbral: lo destruye.” (p.13).

La vivienda moderna no solo convertiría al habitante en un alojado, sino que también sería responsable de destruir la vida comunitaria que da forma al lugar, ya que la economía del bienestar prácticamente ha suprimido el arte de habitar. Ivan Illich denuncia que, desde mediados de la década de 1950, “en casi todo el mundo, se han utilizado

medios poderosos para violar el arte de habitar en las comunidades locales y crear así un sentimiento cada vez más agudo de escasez de espacio vital” (p.14). Para él, lo que llama “la violación de los comunes” es tan brutal como la contaminación del agua, del aire, etc., destruyendo “lo que ha determinado durante milenios el carácter evolutivo del espacio habitado” (p. 19), a saber, “cultura, experiencia y pensamiento”. Las comunidades serían cada vez menos capaces de negociar entre sus miembros y con el medio ambiente las reglas de una convivencia adecuadas con su representación del mundo. ¿La incitación a la participación de los habitantes en la elaboración de nuestras ciudades contemporáneas permite reconectarse con lo que Illich llama el deber de la actividad comunitaria, constitutiva de su manera de concebir el arte de habitar?

El habitante no es un perfil abstracto, sino un sujeto vivo y singular. Algunos enfoques de la ciudad usan una concepción reductora del habitante, silenciando las diferencias y las desigualdades. Pero, ¿cómo tomar en cuenta esta pluralidad de figuras puestas bajo el título de “habitante” en los procesos participativos? ¿Quién está actualmente elevado al rango de “habitante” y por quién? ¿Qué tipo de actor somos donde vivimos? ¿Qué estamos habitando? Actualmente, parece que la acción es constitutiva del “habitante”. Si una persona actúa en



La société de consommation a programmé son obsolescence, un peu partout un nouveau monde est déjà en gestation. Luc Schuitman ©

su entorno, lo habita. ¿Uno se convertiría entonces en ciudadano (en tanto que habitante de la ciudad, y distinto del ciudadano, que tiene derechos y deberes hacia una nación) con la condición de ser líder de un proyecto?

Los desafíos del arte de habitar

El arte de habitar no parece pasar por la consulta ciudadana sino más bien por el hacer. Para Ivan Illich, este persistiría sólo en los márgenes (tanto favorecidos como desfavorecidos) de la población y en los “Sur”: “Aquellos que hoy reclaman su libertad para vivir por sus propios medios son ricos o tratados como desviados” (p.10). Iván Illich también llama a estos últimos “desconectados”, aquellos que actualmente el sentido común y la prensa etiqueta de “alternativos”, “antisistema”, etc., pero también aquellos que han salido involuntariamente del sistema, como los sin techo⁵.

“En el Tercer Mundo, la supervivencia genera un equilibrio adecuado entre un derecho a la autoconstrucción y el derecho a la propiedad” (p.21).

Para él, es en el Norte donde debemos encontrar soluciones para hacer avanzar las cosas y estas deben inspirarse en lo que está sucediendo en el Sur. Aconsejaba tratar la fascinación de los jóvenes por los modelos del sur con “valentía y reflexión” (p.20). Si estoy convencida de que se debe alentar y apoyar el entusiasmo de la juventud que se hace preguntas fuera de los caminos trillados, y si estoy convencida de que el Sur y los márgenes son fuerza de propuesta, es con la condición de que se hayan

5. En francés se abrevian «SDF» que significa «sin domicilio fijo». Sin embargo, cada vez hay más personas sin domicilio fijo que no están sin techo. Al contrario, están muy bien ancladas en el sistema porque son un producto directo de él. Estoy pensando en personas que regularmente viajan entre varias viviendas, varias ciudades y, a veces, varios países por razones profesionales. Sería interesante preguntarse qué tipo de “alojados” o “habitantes” son.

desconectado de los modelos constructivos impuestos en y por el Norte, y que sus modelos vernáculos no se exporten en bloque sin cuestionar las razones de su existencia y de su funcionamiento.

Terminaré este comentario, matizando la idea de Ivan Illich sobre el arte de habitar como un fenómeno propiamente humano. Comenzó así su conferencia: “Habitar es lo propio de la especie humana. Los animales salvajes tienen madrigueras, los carros van a los cobertizos y hay garajes para vehículos con motor. Solo los seres humanos pueden habitar. Habitar es un arte [...] El ser humano es el único animal que es artista, y el arte de habitar es parte del arte de vivir. Un hogar no es una madriguera ni un garaje” (p.5).

Las reivindicaciones de los antiespecismos, es decir, de las personas que se niegan pensar la especie humana como superior a todos los demás y el centro de toda reflexión, así como los últimos conocimientos en paleontología, biología y antropología física están cuestionando las fronteras aparentemente tan obvias entre

los seres humanos y los demás animales. ¿El habitante es sólo humano? ¿Cualquier ser vivo tiene la capacidad de habitar y, en términos más generales, puede ser un artista sensible a la estética? Sin poder responder a estas preguntas, considero importante descentrar nuestra mirada y hacernos estas preguntas en relación con otros seres vivos y omitir las plantas en la reflexión sobre el arte de habitar, como lo está haciendo la joven arquitecta Julie Cardi quien, desde la arquitectura, el urbanismo, las ciencias sociales y la entomología, reflexiona para su tesis doctoral sobre la manera de generar una coexistencia aceptable entre mosquitos tigre y seres humanos.

Después del derecho a la vivienda, ¿el desafío del siglo XXI será el derecho a habitar para todos los seres vivos?

La vivienda moderna no solo convertiría al habitante en un alojado, sino que también sería responsable de destruir la vida comunitaria que da forma al lugar, ya que la economía del bienestar prácticamente ha suprimido el arte de habitar.

NOTA SOBRE LA AUTORA.

Nadja Monnet es antropóloga, docente en la Escuela Nacional Superior de Arquitectura de Marsella, investigadora en el Laboratorio Arquitectura / Antropología (LAA) de la Unidad de investigación mixta Laboratorio Arquitectura, Ciudad, Urbanismo y Medio Ambiente del Centro Nacional de Investigaciones Científicas francés (UMR 7218 LAVUE CNRS).

Para más información : <http://www.marseille.archi.fr/acteurs/enseignants/monnet-nadja/>